

El Desarrollo Económico-Social y las Actitudes Psico-Sociales

*Por Oscar URIBE VILLEGAS, del
Instituto de Investigaciones Sociales de
la Universidad Nacional Autónoma de
México.*

EL concepto de “desarrollo”, no obstante la utilización creciente que del término se hace en nuestros días, no ha alcanzado aún —a pesar de los primeros esfuerzos de los estudiosos— la diafanidad, la claridad de perfil, que debería serle propia.

Generalmente, cuando se emplea el término “desarrollo”, dentro del campo de las ciencias sociales, se piensa en “desarrollo económico”. No se percibe, por lo general, que al establecer esta relación de sinonimia entre el término amplio y el término estrecho, implica caer en viejos errores, pues es sabido que otras sociedades distintas de la nuestra, que, en el pasado pudieron enorgullecerse —tanto como ahora se enorgullecen— de un gran desarrollo económico, han visto que el mismo ha ido frecuentemente aparejado a formas agudas de desorganización social y personal que hacen imposible de todo punto el que en tales casos se diga que dichas sociedades han alcanzado asimismo un alto grado de desarrollo socio-personal.

En este sentido, parece ser que, conforme lo postulan las instituciones convocantes del Decimotercer Congreso Nacional de Sociología,¹ el desarrollo, desde el punto de vista sociológico, no puede ser sino desarrollo integral; desarrollo armónico de todos los sectores de la vida social (materiales y no materiales o, conforme a distinción antropológica,

¹ Que habrá de reunirse en Hermosillo, Sonora (México) del 12 al 16 de noviembre de 1962.

de los artefactos, sociofactos y mentifactos); desarrollo armónico, asimismo, en los ámbitos nacional (por integración de las regiones socio-políticas de un país) e internacional (por integración eficiente y *digna*, coordinativa y no subordinativa, de los diferentes Estados, dentro de una anhelada y auténtica comunidad internacional); desarrollo que permita que la armonización dinámica de las fuerzas sociales se refleje en los individuos miembros de la sociedad correspondiente en forma tal que les permita ser personalidades que, por su parte, también se encuentren integradas armónicamente y se orienten hacia su autorrealización en un sentido de perfectibilidad personal y de adecuada articulación interpersonal dentro de la sociedad.

Son concepciones como éstas, indudablemente, las que han hecho que el doctor Lucio Mendieta y Núñez, al redactar la convocatoria del Congreso Mexicano de Sociología del Desarrollo, haya señalado como una de las finalidades de éste —reflejo en el mundo del pensamiento, de la realización que debe buscarse en el terreno de la acción— la que consiste en buscar las aportaciones que especialistas de diversas ramas del saber pueden brindar al conocimiento del fenómeno del desarrollo, con el fin de coordinar todas esas aportaciones dentro de una visión unitaria del fenómeno, que impida que se acepte como verdadero lo que en realidad no es sino un *falso* desarrollo y que, en cambio, facilite la búsqueda de un auténtico desarrollo regional, nacional, suprarregional, internacional y, finalmente, mundial, unitario, de la sociedad humana concebida —aunque por el momento sólo sea en proyección de futuro— como una gran unidad inescindible, que puede alcanzarse mediante la articulación de proyectos de vida nacional y de búsqueda incansable de comunes valores humanos.

No es nuestro propósito, en esta ocasión, señalar todas las implicaciones que una concepción científica y generosa del desarrollo puede tener para las diversas sociedades humanas y en particular para la mexicana en este momento de nuestra historia. En cambio, sí nos proponemos indicar meramente cómo es deseable y factible la colaboración entre especialistas, en un sector como éste, tal y como puede mostrarlo el hecho de que no ya el desarrollo concebido en su máxima latitud, sino la misma concretización económico-social del desarrollo, puede depender, en buena medida, no sólo de la existencia o inexistencia de factores materiales, sino de la adopción o falta de adopción, por los miembros de una sociedad, de determinadas actitudes psicológico-sociales.

Nuestro esfuerzo, en lo que sigue, será meramente indicativo y no analítico. Y, en cuanto primerísima aproximación al problema, delimitada por disponibilidades de espacio y tiempo, será, igualmente, azaro-

samente discursiva y no sistemáticamente científica nuestra presentación del mismo.

Es indudable que desarrollo económico no puede haberlo en un país si éste carece de elementos naturales indispensables dentro de la etapa tecnológica de que se trata y si, careciendo de ellos, no busca obtenerlos de otros países por medio de colonización, intercambio, comercio; si, aún teniendo tales elementos naturales, no los explota convenientemente (y ya en esa misma conveniencia de renovación o de uso discreto de recursos renovables y agotables hay un elemento psicológico-social de actitud apropiada frente a los mismos); si no logran constituirse los bienes de capital indispensables; si no se racionaliza la organización del trabajo; si no se interconectan convenientemente los centros de producción y de consumo, etc. Pero, no es menos indudable —aunque esto sea menos aparente— que el desarrollo económico no puede lograrse, *ni aún en el caso de que se cuente con ciertos elementos materiales y de organización indispensables para el mismo* si, simultáneamente, la población que ha de manipular esos elementos materiales, que ha de organizarse en determinada forma para aprovecharlos y que en última instancia, debe ser beneficiaria de esa manipulación y transformación, no llega a desarrollar las actitudes psico-sociales adecuadas que hagan auténticamente fructífero su trabajo.

México hace, en nuestros días, un esfuerzo inaudito por salir de su pobreza, de su atraso, seculares. Y su esfuerzo es tanto más considerable cuanto que, simultáneamente —con una gran intuición histórica, más que con una gran toma de conciencia sociológica o una gran voluntad política que aún son escasas— trata de lograr esa salida de la pobreza, del atraso, de la ignorancia, con un cuidado delicado que trata de preservar al mismo tiempo lo que de eterno tienen los valores que ha ido descubriendo paulatinamente al través de siglos de lucha con el medio y con los hombres: sus proyectos de vida nacional. México, en su pobreza, ha sido digno y respetado internacionalmente. Para salir de su pobreza ¿necesitará hacer de lado su dignidad?, ¿tendrá que renunciar al respeto internacional de que disfruta? La respuesta a estas preguntas es conocida. México no renunciará nunca ni a su dignidad ni al respeto internacional que ha conquistado, a cambio de salir de su pobreza. Conforme ha indicado el Lic. Adolfo López Mateos, Presidente de la República, difícilmente México o los demás países latinoamericanos caerán en la abyección de convertirse en satélites de uno u otro de los sistemas que se disputan el dominio del Mundo, a cambio de salir de su pobreza. Y no renuncia a lo uno, como no renuncia a lo otro, porque a México no le ha parecido que en esto se le plantee un dilema. México

sabe que, como nación, puede luchar contra la pobreza sin caer en la indignidad.

El solo hecho de que nuestro país esté dispuesto a no plantearse nunca como dilema el que parece establecerse actualmente en el campo internacional entre una salida de la pobreza y una servidumbre política o económica —así sea una de nuevo cuño— parece mostrar ya, suficientemente, que México no considera —por lo menos en el ámbito nacional— que el problema del desarrollo presenta solamente una cara: la cara objetiva que concretiza en lo económico. México demuestra, con ello, que no ha dejado de considerar menos que existe en el desarrollo una cara subjetiva —así sea la subjetividad de ésta la propia de un sujeto nacional y no la de un individuo humano— y que esta cara subjetiva está representada por ese sentido de dignidad nacional; por esa toma de conciencia de la sociedad mexicana; por ese deseo de realizar un proyecto de vida que viene perfilándose gracias a la historia y a la trayectoria socio-cultural de México, pero que necesariamente deberá tender en forma creciente hacia la realización de comunes valores humanos.

Sin embargo, si México, más en la acción que en las palabras, ha reconocido el indisoluble vínculo entre la faz objetiva y la faz subjetiva del desarrollo en el nivel de lo nacional, no parece haber llegado a reconocer suficientemente esa necesidad de complementación de lo objetivo y de lo subjetivo, dentro del desarrollo, en el nivel de las relaciones interpersonales y en el mismo nivel de lo personal.

Y esta complementación en lo personal (y no ya sólo en lo nacional o en lo social en sentido amplio) es indispensable. Hacia ello apuntan las enseñanzas de antropólogos y sociólogos, trátese de los Mead y de Benedict, de Dufrenne, de Kardiner o, más cercanamente, de Gerth y Mills. Como que si la personalidad tiende a reflejar las estructuras y la dinámica de la sociedad a la que pertenece, no es menos cierto que esa dinámica y esa estructura resultan de acciones y reacciones interpersonales y, por lo mismo, en buena parte, dependen de ellas.

En el caso concreto, como mexicanos, estamos seguros de que queremos para México niveles económicos más altos que no representen para el país ninguna servidumbre ideológica. Queremos, como mexicanos, —y ello nos resulta de claridad meridiana— un México digno. Sin embargo, no siempre parecemos percatarnos de que para que exista un México digno es indispensable que existan mexicanos dignos. No parecemos percatarnos de que esa dignidad nacional no podrá lograrse si en la personalidad básica del mexicano de nuestros días no se desarrollan las actitudes psicológico-sociales adecuadas simultáneamente

para: 1.—el logro del desarrollo económico-social que proceda de nosotros mismos y no se nos implante desde fuera —según una llamada de atención del actual primer mandatario del país— y 2.—para la obtención del respeto internacional que para México buscamos.

El desarrollo social integral impone la existencia de personalidades desarrolladas, maduras en múltiples sentidos. Porque, una sociedad en la cual la economía alcance altos niveles, pero en la que, por su parte, los individuos, en vez de adoptar actitudes maduras ante el mundo y la vida las adopten pueriles, no puede considerarse sino en un sentido sarcástico como una “sociedad desarrollada”.

En aparente paradoja con lo anterior, la concretización económica misma del desarrollo no puede lograrse en forma alguna si los miembros de una sociedad no adoptan actitudes propias de personas adultas no ya sólo en un sentido bio-psíquico, sino en un más pleno sentido psico-social. Aparente paradoja porque, si tal elevación del nivel económico no es compatible con la falta de adultez de los cosocietarios, ¿cómo puede darse el caso de una sociedad económicamente desarrollada en la que los individuos no desarrollen actitudes y comportamientos de adulto? Paradoja aparente, porque lo que ocurre es que esas sociedades no están auténticamente desarrolladas en sentido sociológico; porque quizás lo hayan estado en una etapa previa, en la que mientras la economía subía de nivel, los miembros de esas sociedades, en lucha con el medio, se formaban psico-socialmente de un modo que en la actualidad no se forman, para una auténtica adultez humana.

De acuerdo con todo esto, para que el desarrollo se logre y se mantenga (que quizás más difícil que lograr sea mantener), son indispensables, en los co-societarios, las actitudes psico-sociales y las correspondientes conductas adultas (en un sentido de responsabilidad social e histórico-cultural). Lograda esa concretización económica del desarrollo para una determinada etapa histórica, para que el desarrollo se mantenga en un sentido de armonización de fuerzas sociales y de fuerzas vitales e incluso de recambio biológico-natural (de acciones y reacciones entre el hombre y el medio) y se prosiga en su sentido de dinamización, es igualmente indispensable el que esas actitudes adultas se fortifiquen y desarrollen consecuentemente.

Veamos, más en concreto, a qué tipo de actitudes psico-sociales nos referimos. Y tendremos que hacerlo tomando como término de comparación sus negativos fotográficos, que cualquier fotógrafo de lo social puede obtener fácilmente en la sociedad mexicana en cualquier momento de los que van transcurriendo en nuestro decurso vital.

Es una actitud psico-social negativa para el desarrollo de la sociedad

mexicana la que plasma en esta frase de un operario mexicano más o menos independiente: “Yo empiezo a trabajar a las once de la mañana. ¡Como un diputado!” Trabajar desde temprano e intensamente resulta ser, para este mexicano, algo socialmente despreciable. Y puesto que al diputado se le valora socialmente en cuanto se considera su curul como una forma de logro social (sin que se considere frecuentemente su contrapartida gravosa de responsabilidad social), el obrero busca asimilarse al diputado en cuanto al horario de trabajo, aunque no piense en asimilarsele ni remotamente en cuanto a las preocupaciones que se supone deben ser propias de un representante de la sociedad mexicana y que son las que, más que sus dietas o que su horario privilegiado, le califican con rango que le coloca entre los primeros dentro de la sociedad mexicana. Una actitud psico-social como ésta ¿puede considerarse favorable a cualquier intento de desarrollo económico-social que, además, lo sea dentro de marcos de dignidad nacional? Creemos que no puede serlo en forma alguna. Y que ni puede serlo por el lado de la dignidad ni tampoco —siquiera— por el lado de la economía.

La misma actitud psico-social negativa, en el otro extremo de la escala ocupacional. Una respuesta oída en labios de un investigador universitario —que esperamos sea excepcional a este respecto— cuando alguien le pregunta si ha llegado a su centro de trabajo a las 9 de la mañana: “¡Si no soy lechero!” Respuesta quizás espontánea. Respuesta quizá involuntariamente despectiva. Respuesta quizá acorde con una realidad según la cual “el señor” (según una vieja concepción que quizás provenga de la colonia) se levanta a las 10 y media de la mañana, para llegar cómodamente a las 11, sin haber realizado antes de esa hora ningún trabajo. Porque, nótese bien, la respuesta no fue, como pudo ser: “No, no llegué a las 9, porque tuve que madrugar para hacer una encuesta entre los obreros del primer turno de la fábrica tal” o “No, porque tuve que pasar por la biblioteca para precisar una referencia de mi trabajo”, o cualquiera otra respuesta de tal tipo que, de corresponder a una realidad, sería una respuesta adecuada al rango de investigador universitario percatado de su responsabilidad social... Respuesta, de todos modos, inadecuada, socialmente insultante en pueblos como los nuestros.

La labor del investigador no tiene los mismos requerimientos que la del lechero, indudablemente, ni tiene por qué sujetarse a horario fijo —como que todos sabemos que al verdadero apasionado por la investigación social no hay que marcarle burocráticamente un mínimo de horas para que investigue, sino que *médicamente* o *higiénicamente* hay que imponerle un tope máximo de horas de investigación permitida—.

Inudablemente, la labor del investigador no tiene los mismos requerimientos que la del lechero, pero esa diferenciación funcional no autoriza a juzgar despectivamente la de este último por tener que realizarse desde temprano e intensamente, ni para considerarse relevado de una faena que, aunque de tipo diferente, tiene que ser tan esforzada como la de éste.

Más aún, en pueblos como los nuestros, pobres —de una pobreza que espanta— la labor del investigador, como la del intelectual en general, debe ser muchas veces más esforzada que la de los intelectuales de los pueblos ricos, porque el intelectual es, en nuestros países, no sumando, sino multiplicador potencial de los factores de desarrollo, según han apuntado, siguiendo orientaciones doctrinarias distintas, pero convergentes en esto, Emile Sicard, Víctor Alba y Alvaro Mendoza Díez; más aún, porque lo que se le paga a un investigador o a un profesor universitario, así pueda considerarse escaso en un sentido personal (como que hasta hace poco les pisaban los talones en este sentido las secretarías bilingües y los conductores de coches de alquiler), es una cantidad estratosférica (en otro sentido) que él, con sentido de responsabilidad, y de acuerdo con su *leal* saber y entender, tiene que hacer máximamente productiva; estratosférica, si considera cuáles son los satisfactores de los que se priva el pueblo para, al través de sus contribuciones y de la constitución de un patrimonio universitario, pagarle, a fin de que poniendo lo mejor de sí mismo e interpretando tan leal y fielmente como le sea posible las aspiraciones de ese mismo pueblo, contribuya, con su conocimiento, al mejoramiento colectivo.

Toda actitud que, en una u otra forma, sea favorable al ocio puro y simple, en el peor de sus sentidos es, en México, como en otros países latinoamericanos, un crimen. Individualmente, podemos darnos el lujo de decir, haciendo un poco escarnio de nosotros mismos, con desplante diazmironiano o wildeano: “Dadme lo superfluo que yo me pasaré sin lo necesario.” En un sentido socio-personal, tales desplantes son imposibles. Frente a nuestras responsabilidades sociales, creer que podemos disfrutar de la superfluidad de un ocio *de este tipo* en detrimento *de las necesidades de simple supervivencia* de la mayoría del pueblo mexicano es la más terrible de las equivocaciones. Individual y colectivamente necesitamos, en esta etapa, esforzarnos al máximo y canalizar nuestro esfuerzo en el sentido de la máxima efectividad, para lograr, en el menor lapso posible, cubrir las necesidades vitales mínimas (no de cada uno de nosotros solamente, sino de nuestro pueblo), así como también para posibilitar con ello, tanto para nosotros como para nuestros compatriotas (y, en lo asequible, para nuestros pósteros) el disfrute de un cierto

tiempo libre, consecuencia y no antecedente del trabajo, que nos permita desarrollarnos en el mejor de los sentidos.

Existen, en efecto, en México, como en otros países latinoamericanos, individuos dotados de un cierto pintoresquismo, amantes de aparentar una cierta bohemia —y decimos “de aparentar” porque, en el fondo, tales personas están aquejadas del más agudo de los filisteísmos— que no sólo defienden el ocio en general, sino que en particular y en forma pública hacen la defensa de la “tertulia de café” hipertrofiada y ven con beneplácito la forma en que en la mayoría de las oficinas públicas y privadas el “café de las once” está llegando a constituir un remedo mexicano —hipertrofiado— del “5 o'clock tea” inglés. Más aún, se trata de personas que se dan el lujo de aceptar como una verdad lo que quizá no fue sino un cumplido en labios de un sociólogo estadounidense que, en reciente congreso nuestro, afirmó que si bien la Sociología del Trabajo había sido ampliamente cultivada en Estados Unidos de América, la Sociología del Ocio podría recibir aportaciones sustantivas importantes de los pueblos latinoamericanos y, más aún, que podrían aprender mucho los estadounidenses de la forma latinoamericana de utilización del tiempo libre. Lo que esas personas, bienintencionadas quizás, piensan que constituye un terreno en el que podemos dar lecciones a los estadounidenses revela un total desconocimiento de las condiciones bajo las cuales es posible establecer comparaciones sociológicas entre sociedades distintas.

El ocio del mexicano no es, indudablemente, el tiempo libre del estadounidense. El ocio del mexicano sigue siendo todavía, en buena parte, el ocio previo al trabajo; no es, como en el caso del estadounidense, el tiempo libre *que subsigue* al trabajo. Y no porque el mexicano no haya trabajado hasta ahora. Generaciones enteras de mexicanos han trabajado. Y han trabajado duramente —tan dura o más duramente que algunas generaciones menos de estadounidenses—; pero el trabajo del mexicano ha sido, en sentido social, un trabajo de valor distinto que el trabajo del estadounidense: el estadounidense ha sido un pueblo que ha podido trabajar *para sí*; el mexicano en cambio, ha sido un pueblo que ha trabajado *para otros*. Y si el trabajo para sí es liberatorio, el trabajo para otros no lo es. En el mismo sentido, quien ha trabajado para sí, liberado de la necesidad, puede abrirse a un ocio en el que realizar sus potencialidades superiores; en cambio, quien ha trabajado para otros necesita comenzar por liberarse de la necesidad antes de poder pensar en la realización de sus potencialidades superiores. Sólo una visión romántica puede haber substituido el deprimente estereotipo del “indio sentado” por el del “indio soñador”, “más sabio, mucho más

labio” que el “burro de labor” que algunos se han complacido en ver en el estadounidense o, en general, en el europeo occidental. Nuestros pueblos, todavía (por lo que se refiere a grandes capas) es mentira que *suñen* pues es muy verdad que *duermen* o que *se aduermen*; no han despertado aún a la vida plenamente consciente, y si no han despertado a la conciencia, mal pueden haber trabajado y mal pueden haber ganado la posibilidad y el derecho a un ocio en el que realizarse con plenitud.

Es verdad que de la sociedad estadounidense debemos desprender una enseñanza negativa en esto, puesto que el estadounidense se entregó con fobia al trabajo y descuidó casi totalmente las posibilidades que le ofrecía el ocio; que, dejándose arrastrar por la inercia en el movimiento, propia del trabajo, olvidó que el trabajo buscaba satisfacer con plenitud sus necesidades y que, satisfechas éstas, perdía su sentido fuera de la complementación y equilibración con un tiempo libre disponible para el despliegue de sus potencialidades vitales. Pero, si esto es cierto, no por ello es verdad que podamos considerar todo ese esfuerzo de una sociedad vecina nuestra y que contrasta con la nuestra, como una equivocación total y que, en cambio, podamos considerar que nuestra somnolencia de siglos podría brindar, en este aspecto, enseñanzas de validez humana.

México y los mexicanos necesitamos no sólo asegurar para nosotros y para los nuestros aquellos medios que nos permitan sobrevivir, haciéndolo al través de ahincado trabajo, sino que también —y sin perder de vista esta otra meta, tan importante como la primera— es preciso que al través de ese trabajo realizado por nosotros y para nosotros mismos, lleguemos a alcanzar y a merecer un tiempo libre que llenar creadoramente y que substituya a nuestra actual modorra contemplativa de un mundo que nos es ajeno y que, además, nos enajena.

No es el indio, encerrado tardes enteras en su choza, durante los días de lluvia, entregado largamente a los placeres del ayuntamiento sexual, la imagen que debe movernos en esta hora, sino la del hombre que, tras el trabajo —y tras un trabajo dignificado, como hemos dicho en otra parte, por su calidad modeladora de hombres—, se reúne con sus semejantes, para vivir la vida y para convivirla, ya no como economía sino —conforme podría decir Antonio Caso— como desinterés y como caridad, creando obra de arte, dando vigencia plenaria a un amor concebido en el más alto y más profundo de sus sentidos (que no excluye, puesto que lo abarca y sublimiza, el mismo placer sexual).

Pero, la actitud frente al trabajo y al ocio no es la única que parece levantarse como un obstáculo que ni nuestros pobres pesos ni los ruti-

lantes dólares de una Alianza para el Progreso —que si en buena parte comenzó por ser solución y problema estadounidense está a punto de convertirse en problema y posible instrumento de solución de nuestra problemática— podrían superar. No es esa actitud el único obstáculo que habría que tratar de superar con algo más que con medios económicos (quizás principalmente con medios educativos) si se trata de lograr efectivamente el desarrollo integral de la sociedad mexicana.

Existe otra actitud psicológico-social negativa en el mexicano, que consiste en el sentido absurdo que éste tiene de lo que es riesgo y de las categorías del riesgo que hay que evitar frente a aquellas otras categorías de riesgo que es preciso aceptar. Al hablar de riesgo, en términos generales, no nos referimos, en efecto, a la forma absurda y frecuentemente falta de sentido con la que el mexicano arriesga su vida, la de los suyos o la de otras personas, en forma innecesaria y sin provecho. Y no lo hacemos aún cuando en esa misma actitud irresponsable se encuentre implícita la valoración de que “la vida no vale nada”, en todos los órdenes, incluyendo el económico; aún cuando, como se han encargado de mostrarlo los doctrinarios de la “Economía Humana” y como lo ponen de manifiesto los esquemas de seguridad social o de pago de invalideces, la vida humana misma sea susceptible de una valoración —mínima— en mundos y lirondos términos monetarios.

No nos referimos a ese sentido de riesgo no sólo aceptado, sino buscado, que podría y debería evitarse. Nos referimos al sentido que el mexicano suele tener del riesgo económico. Los compradores de billetes de lotería —que aún cuando busque socializar sus ganancias al través de la dedicación de las mismas a fines benéficos sigue siendo juego de azar (con todo lo que de absurdo representa esta concepción del juego)— son individuos que abundan en el medio mexicano. En dicho medio no hay forma en que pueda contraponerse a su número el número de amantes de un riesgo económico verdaderamente fructífero (en sentido individual y social) como el que representa cualquier tipo de inversión, no ya pura y simplemente hecha en bienes raíces, sino en cualquier empresa de tipo industrial o comercial. Si esta actitud no es un obstáculo para el desarrollo social integral y, en particular, para su concretización económica, no sabemos qué pueda serlo. Y combatir este sentido absurdo y dañino de riesgo es algo que *no* nos parece imposible, si se atiende un viejo llamado en el sentido de que se necesita educar económicamente al público —para invertir tanto como para consumir en la forma más racional posible— y si se considera que tal educación puede realizarse en forma sistemática y efectiva al través de los medios difusivos en grande escala.

Actitud psicológico-social negativa, asimismo, la que concretiza en el despilfarro. Despilfarro que es criminal se permita un pueblo pobre. Un ciudadano europeo procedente de uno de los países más ricos y avanzados de ese continente, se asombraba de la gran cantidad de papel (importado, además, pues pudiendo fabricarse no se intenta fabricar papel de periódico en el país en cantidades suficientes) que utilizaban y siguen utilizando los diarios mexicanos en sus ediciones, así como de la manera en que, con muy honrosas excepciones, se desperdiciaba ese papel muy valioso en extensas notas de "sociedad", desproporcionadas, por su importancia relativa dentro de la vida del país, en comparación con otras noticias de interés más general y profundo para la vida de todos los mexicanos; notas de "sociedad" éstas que, conforme él mismo señalaba, daban a muchos de nuestros diarios un cierto carácter que en Europa se juzgaría *provinciano*. Notas de "sociedad" que, por nuestra parte nos atrevemos a afirmar, resultan reveladoras del hecho de que quienes por una u otra razón pueden dar materia para las mismas, se califican —voluntaria o involuntariamente— en relación con los demás, como los únicos y verdaderos seres sociales, denegando con ello socialidad a sus cosocietarios.

Poco tiempo después, el ciudadano de otro país europeo, no ya rico, sino pobre pero que comienza a salir de su pobreza secular mediante una probada voluntad de austeridad, empresarial y de progreso, señalaba con envidia la forma en que contrastaba, nuevamente, la gran disponibilidad de papel que mostraban nuestras ediciones periódicas y la estrechez de los medios editoriales de ese país en el sector de las publicaciones periódicas. Y se nos ocurría pensar que, probablemente, esa estrechez aguzara el ingenio de los periodistas y de los escritores en general para decir las cosas en sus términos más escuetos y efectivos; en forma que no guarda paralelo con una situación como la nuestra en la que, una aparente riqueza de disponibilidades —que no es riqueza y utilización de esa riqueza, sino un enmascarado desperdicio— hace que el periodista, en vez de buscar lo escueto y efectivo, se empeñe en diluir lo que tiene que decir para cubrir con ello todo el espacio disponible, llevado quizá sin saberlo de lo que en la ornamentación indígena de nuestros templos se ha llegado a designar en ocasiones como un "horror al vacío", reminiscente de descartadas explicaciones de la antigua ciencia física...

Ello para no hablar de las situaciones asimismo contrastantes en el sector de investigaciones y publicaciones, en el cual mientras en Europa es frecuente que muchos investigadores no puedan publicar una copiosa producción por carencia de medios para hacerlo y, en ocasiones.

hayan de conformarse con registrar pura y simplemente sus incógnitas colocándolos en un centro público de consulta para poner sus descubrimientos a disposición de quienes puedan interesarse en ellos, en los medios nuestros no deja de darse el caso de que las editoras anden en veces a caza de estudios que publicar porque la producción no es suficientemente abundante. O la situación igualmente absurda, que también llega a darse, de que se fundan publicaciones periódicas antes de tener materiales que difundir al través de ellas —o se establecen estaciones televisoras sin contar previamente con un cuerpo de argumentistas capacitado para llenar las emisiones correspondientes sin tener que recurrir prácticamente a todas horas a las series filmadas en otros países—. Publicaciones fundadas antes de contar con esos materiales en vez de esperar a que la producción impusiese la necesidad de una publicación periódica que la difundiese. . . . Lo cual no obsta para reconocer que en veces, en nuestros países, sujetos a un desarrollo económico-social tan lento, las producciones científicas o literarias (aunque más las primeras que las segundas) se producen a un ritmo tan auténticamente desesperante que hace pensar que no llegarán a aparecer nunca las publicaciones correspondientes.

Despilfarro de medios y de energía humanas en casos como éstos, y en éste como en otros muchos sectores de la vida nacional, que en nada favorecen al desarrollo. Despilfarro producto de un afán de novedad que se manifiesta como anhelo de transformación constante (no siempre necesaria) en el caso de las construcciones civiles, en el caso de las rutas y los medios de transporte, etc. que deberían renovarse más en función de requerimientos utilitarios que de caprichos de la moda, pero que, frecuentemente se renuevan más para apegarse a la moda, que para satisfacer una necesidad auténtica.

País pobre, el nuestro, quiere seguir a toda costa los patrones de vida y recambio (y, en veces ¡paradoja suicida! pretende incluso superar tales ritmos de recambio) de pueblos altamente industrializados y prósperos como Estados Unidos de América. Las construcciones no se hacen para servir a varias generaciones, sino para satisfacer el gusto de una época —y, en una época tan tornadiza como la nuestra, el capricho de un momento—. Las construcciones antiguas se hacían para durar, para permanecer, para perdurar y, por ello, se las hacía firmes. En época reciente, se pensó que no había para qué permitir que, al través de la durabilidad de las construcciones, una generación impusiera su gusto a las siguientes: cada construcción debía pensarse más o menos en términos de satisfacer las necesidades de una generación

pues si, al cabo de la misma, no se caía, la generación siguiente tendría que destruirla (¡con mayores gastos de demolición!) pues su gusto habría cambiado. Más próximo a nosotros se presenta el caso de una construcción que una misma generación ve que se levanta, se destruye, se sustituye por otra, que a su vez se ve sustituida por una tercera, si no es que, la condición endeble de una construcción (que ya no busca ni lo eterno ni lo generacional) la derriba por tierra e impone una nueva edificación. La construcción queda regida por la moda del momento. Y como la moda pasa rápidamente, el constructor no se preocupa mucho por hacer construcciones estables, empleando para ello buenos materiales y concibiéndolas en términos tales que el gusto cambiante de cada época encuentre en ellas algo distinto y agradable (¿No cada época encuentra algo distinto y algo permanente en “El Quijote” que por ello tiene un sentido humano que en otra forma no tendría?) Construcciones endebles y construcciones regidas por un gusto pasajero, frecuentemente snob o carente de nobleza, destinado a perecer de un día para otro, en vez de destinar esas construcciones a permanecer, a agradar, a elevar el espíritu permanentemente, a dar una raíz histórico-cultural y no solamente físico-natural a los habitantes de un lugar; en vez de convertirlas en “ataduras temporales” de lo humano... Destinadas a permitir también, en esa forma, que los recursos económicos, las energías humanas y los esfuerzos intelectuales invertidos de otro modo en derribarlas y sustituirlas por construcciones nuevas, se emplearan en elevar y construir otras moradas hasta satisfacer las necesidades de todos, dando un sentido adicional —de profundidad histórica— a la vida de toda una comunidad, carente, en otra forma, de ella. Cabe recordar la precautoria de Robert Barlow, profesor estadounidense de Náhuatl en México: “¡No destruyáis vuestros monumentos coloniales, ni los restos de vuestras construcciones indígenas, si no queréis que vuestras ciudades ilustres acaben por parecer una más de nuestras ciudades texanas!” Como que no se trata tampoco de convertir nuestras ciudades en museos y finalmente en espléndidas “ciudades-fantasma”, sino de injertar en lo antiguo lo nuevo y hacer que eso mismo antiguo sirva de satisfactor para las necesidades actuales.

Las ciudades europeas tienen, para el latinoamericano que las visita, un aspecto vetusto —¡cuánto más vetusto no lo tendrán a los ojos del estadounidense!—; es cierto; como que es fácil ver que una casa, a orillas de un canal holandés ostenta orgullosamente como fecha de construcción la de 1700 (y no es la excepción), lo cual no obsta para que la casa sea agradable y sea digno el vivir que en ella transcurra. Presentan las ciudades europeas un aspecto vetusto pero, simultáneamente,

muestran fidelidad a sí mismas. Las ciudades estadounidenses no muestran aspecto vetusto, lo cual no obsta para que comiencen a mostrarse fieles a sí mismas. Las ciudades latinoamericanas frecuentemente han conservado sus monumentos, es cierto, pero frecuentemente sólo como medio de mostrar sus blasones, sin preocuparse por las posibilidades que todo lo viejo y digno podría ofrecer a la satisfacción de las necesidades actuales de la vida. Las ciudades europeas que no sólo han conservado catedrales medioevales, sino también viejas moradas de hace varios siglos, habitables y habitadas todavía, no sólo muestran fidelidad a sí mismas sino que, en el dominio económico revelan que los pueblos europeos han sido no sólo pueblos que han sabido adquirir (al través de un espíritu emprendedor, de un duro trabajo y, en ocasiones también, pues no hay por que callarlo, gracias a explotaciones coloniales) elementos valiosos, útiles para la vida no de una sino de varias generaciones sucesivas; que, asimismo, no sólo han sabido adquirirlos, sino preservarlos y que, con ello y gracias a ello, han podido orientar algunas de sus adquisiciones y producciones ulteriores en un sentido de enriquecimiento material y espiritual que el snobismo de muchas capas de nuestros pobres pueblos latinoamericanos —subdesarrollados más por esto que por sus mismas carencias materiales— empeñados en copiar al rico pueblo estadounidense, nunca podrán conseguir a menos que modifiquen sustancialmente sus actitudes psico-sociales. Es en este sentido en el que nos duele que se diga que llegar a México es como llegar cada vez a una ciudad nueva porque ello podría indicar, en estos términos, que de lo que era nuestra capital hace diez años poco o nada queda (y está bien si lo destruido ha sido cuanto de negativo había en ella) pues esto no vendría a ser sino un síntoma más de nuestro tremendo subdesarrollo. ¡Cuánto más preferiríamos que se dijera de ella, como ha llegado alguien a decir de París al regresar a él tras larga ausencia: “que nada parecía haber cambiado y que, sin embargo, encontraba —como en cada nuevo viaje— algo nuevo para “él”. Como que, paradójicamente, mientras los pueblos opulentos que podrían darse el lujo de remozarse a diario prefieren conservar lo adquirido (y por ello suelen conservar frecuentemente tanto lo negativo como lo positivo), los pueblos subdesarrollados llevados de una obsesión compulsiva de remozamiento suelen barrer, juntamente, tanto con lo valioso como con lo no valioso contribuyendo con ello a agravar aún más su empobrecimiento.

Actitud psicológico-social negativa, la asunción creciente, por grandes capas de nuestra población —al través de la copia irrazonada de modos de conducta estadounidense, obtenidos al través de la televisión

y el cine, y más o menos justificados o disculpables en Estados Unidos de América pero no en México— de una actitud favorable a la sustitución de un artefacto, de un instrumento, de un automóvil, etc., por otro, por el solo hecho de que es necesario tener el último modelo. Ese patrón de conducta puede ser explicable, justificable o disculpable en un pueblo rico como el estadounidense; en pueblos pobres como los nuestros, semi-coloniales aún, esto es una pura insensatez: a lo único a lo que contribuye es a acentuar nuestra carácter colonial en lo económico. Mientras el automóvil sirva y cumpla su función de medio de transporte —que en países ricos ¡oh contradicción! cumple generalizadamente la bicicleta incluso entre las capas medias de la población— ¿por qué desecharlo? El gasto que representa el cambio (con su contrapartida de mejoramiento efectivo mínimo) es un sacrificio que se hace en el altar de las “apariencias sociales”, en el más terrible de sus sentidos. Porque el “nuevo coche” no representa, frecuentemente, un mejoramiento correlativo en el nivel de vida de quien lo adquiere; porque el “nuevo coche” (los grandes autos que dieron origen al “chiste” sangriento de “¿En qué se parece un (aquí una marca de automóvil ostentoso) a una mujer pública embarazada?...”) Y la respuesta que no puede reproducirse por escrito) no hace sino despertar en quienes se llaman a engaño un sentido de frustración y de tratamiento injusto que fácilmente crea el ambiente propicio a las conmociones sociales. Porque “el nuevo coche” no da —paradójicamente— al conjunto de la sociedad sino un nuevo sentido de seguridad, endeble, falso, puesto que, al menos dentro de cierto campo de oscilación o entre ciertos límites de desarrollo, es posible decir que para ciertos pueblos es muy cierto que el desarrollo está en relación inversamente proporcional al número de automóviles niquelados y espléndidos que circulan por las avenidas de sus capitales. Y esto aun en el caso de grandes ciudades que cubren enormes extensiones y hacen del traslado un problema agudo, porque frecuentemente se descubriría —como en la capital de México— que el transporte colectivo, punto de partida básico de resolución del problema, especialmente de enorme población y de grandes masas de población proletaria, se encuentra lamentable, indignamente atendido, en tanto trata de resolverse el problema del tránsito lanzando cantidades crecientes de autos de alquiler (transporte individual o casi individual caro que quizá pocas ciudades del mundo tengan en tan gran cantidad como la nuestra). Como que, en el terreno individual, si se quisieran guardar las apariencias de renovación de un coche con mínimo desperdicio socialmente reprochable, podría pensarse en establecer talleres de modernización de carrocerías que darían a los mismos la apariencia

nueva que necesita la ostentación de sus dueños y que no entraría en conflicto con la utilidad que seguiría prestando el viejo motor aún en buen estado. . .

Actitud psicológico-social negativa para el desarrollo social la que piensa que el desarrollo económico-social depende de la constitución de bienes de capital necesariamente muy considerables y que se olvida de que existe un principio de sustituibilidad de los factores económicos —sustituibilidad ciertamente limitada pero que, con todo, es importante y digna de tomarse en consideración—; principio que frecuentemente se olvida, porque se trata de copiar en su integridad el esquema y el proceso de evolución económica de países como Inglaterra, Francia, Bélgica o Estados Unidos, siendo así que, en razón de la nueva contextualización histórico-social internacional, así como en razón de las considerables masas de población con que cuentan nuestros países, podría pensarse en adaptar a nuestras condiciones esquemas de industrialización como los de Japón o China e injertar en ellos algunos rasgos de la experiencia de otros países, ya que si bien ni en uno ni en otro sitio se puede prescindir de los capitales no es menos cierto que representó un papel considerable una mano de obra numerosa y comparativamente barata. Pero, en esto, también habría necesidad de observaciones y recomendaciones complementarias pues si las reivindicaciones de las masas laborantes colocan sus metas en los mismos niveles de las masas laborantes de países más adelantados económicamente, el abismo entre nosotros y ellos no podrá cerrarse jamás! ¿Quiere esto decir que haya que exigir a esas mismas clases laborantes ya de por sí pobres y explotadas mayores sacrificios en aras de una prosperidad futura, que las asimilen al proletariado que nos pintan como constitutivo de la población de los países socialistas? Indudablemente que no. Se trata de que esas reivindicaciones se moderen en vista de las metas nacionales por alcanzar, pero, en forma no menor, es preciso que en un sentido auténticamente patriótico, cooperativo y empresarial, los inversionistas privados estén dispuestos a moderar —quizá proporcionalmente más que los obreros sus salarios— su ambición de ganancia, pues sin ello podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que nuestro país se está planteando el problema insoluble y, con ello se está condenando a la aniquilación por una revolución violenta, catastrófica. Es justo, es debido buscar la ampliación de los programas de seguridad social, de educación para todos, etc. pero ¿sería realista hacerlo si no se produce un desarrollo económico sustancial? Indudablemente que no. Pero si, además de ese desarrollo económico debe proceder, además, fundamentalmente de nosotros ¿de dónde podrá surgir si ni trabajadores ni em-

presarios ni inversionistas están dispuestos a sujetarse a un régimen de austeridad? Y, además, a un régimen de austeridad en el que, con todo, no resulte vulnerada la justicia por soportarlo entre todos, y por soportarlo proporcionalmente más quienes son menos endeblés...

Actitud psico-social negativa para el desarrollo social la que sostiene que ese mismo desarrollo económico-social depende *tan sólo* de grandes esquemas o planes de mejoramiento y desprecia el valor de las pequeñas innovaciones. No queremos decir con ello que los planes de conjunto no sean, *como son*, indispensables; pero sí que, frecuentemente, pequeñas innovaciones, debidamente integradas en esos planes de conjunto suelen tener repercusiones económico-sociales imprevisibles y asombrosas por su magnitud. En Inglaterra, hacia la época en que se produjeron las grandes transformaciones agrícolas que habrían de posibilitar la Revolución Industrial cuyas repercusiones aún nos alcanzan, para bien y para mal (dentro de un retardo de siglos), hubo algún modesto excéntrico sembrador de nabos que, al través de la siembra y del cultivo de un alimento invernal para el ganado —alimento del que antes se carecía— y de la posibilidad de disponer de carne fresca no sólo en el verano, sino también en el invierno, transformó casi radicalmente el régimen alimenticio de la población, le brindó mejores medios de vida y de trabajo y contribuyó con ello a las transformaciones económico-sociales subsecuentes.

En México, en cambio, hombres bien intencionados, como el doctor Manuel Gamio, frente a las deficiencias alimenticias de nuestra población, y apoyándose en las investigaciones realizadas por químicos y dietistas, suelen encontrar que, para cubrir las deficiencias alimenticias que sufre nuestra población por falta de un régimen cárnico adecuado, podría recurrirse a la siembra y utilización del frijol soya y, llevados de su entusiasmo, suelen tomar una de éstas como bandera, sólo para ver que otros mexicanos —llevados de lo que Mariano Azuela designaba en una conferencia del Colegio Nacional como “espíritu de Huitzilopochtli” y que nosotros denominaríamos mejor como de “Xipe-totec”— toman a su vez esto como motivo de burla, sin que, por su parte, hagan una aportación semejante, o, lo que es peor aún, llegando a anular el beneficio que podría obtenerse de tales propuestas. “¡El pobrecito de Gamio! ¡Ese ingenuo apóstol del frijol soya!” son expresiones tan fáciles como las que hubieran podido emitirse frente a aquel pobre sembrador de nabos que si no determinó con sus siembras invernales una revolución en la agricultura sí, en cambio, contribuyó a que la misma se produjese y, al propagarse a otros dominios de la econo-

mía, la sociedad, la política y la cultura, produjesen el desarrollo del que aún disfruta su país.

¿A qué obedece esa preferencia por los grandes planes? A que, en ocasiones se desplaza el sentido estético de su verdadero cometido hacia sectores en los que no debiera entrar sino a título secundario o en forma subordinada; a que los grandes planes pueden presentarse “en glorioso tecnicolor” para gloria y prez de quien los propone; a que, frecuentemente, los grandes planes permiten el rápido enriquecimiento de los contratistas; a que los mismos pueden servir para ascender un peldaño en la escala del poder. No se trata, sin embargo, de preferir las pequeñas innovaciones y las reformas de detalle a los grandes planes y las reformas de conjunto, sino de coordinar unas y otros, y de determinar las preferencias en forma primordial *por motivos racionales*, en función de necesidades económicas, pues de otro modo, tales actitudes no pueden sino perjudicar al desarrollo económico-social integral.

¿Quiere decir todo esto que las actitudes positivas frente al desarrollo económico-social hayan de ser pura y exclusivamente de sentido económico y racionalista? En ninguna forma. Como que hemos sido los primeros en afirmar que, para resolver los problemas que plantea el atraso de México se requiere que, al lado del conocimiento que se tenga del repertorio de soluciones dadas por otros pueblos a problemas análogos, figuren el conocimiento de las realidades mismas del país y las creaciones de una imaginación sociológica creadora que no se obstine en recorrer pura y simplemente sendas ya transitadas por otros pueblos, sino en buscar otras y, cuando sea necesario, en abrirlas a machetazo limpio entre la maleza misma. Hablar de imaginación y de visión científica de cosas que se encuentran en el futuro, puede parecer descabellado. No nos lo parece tanto ahora que sabemos que en otras latitudes se ha comenzado a hablar ya de los “futuribles” como verdaderas concreciones científicas. Y si es posible imaginar, no ya como utopías sino como realidades a punto de acaecer, cuáles serán las condiciones de vida de nuestras sociedades en 1970, por ejemplo, ¿no es posible imaginar también cuáles son los medios al través de los cuales las líneas de tendencia extrapoladas pueden sufrir inflexiones más o menos considerables o incluso verdaderos cambios de dirección en el sentido que resulte más favorable para esas mismas sociedades?

Hablamos de esa necesidad de la imaginación creadora en relación con los problemas de la educación mexicana. Porque ¿es posible instruir y educar a una sociedad formada por un número enorme de pobladores, con los mismos métodos, las mismas técnicas, el mismo instrumental que se empleaba para educar e instruir en el Sacro Imperio Romano? Indu-

dablemente que no, si no queremos destinarnos anticipadamente al fracaso; a la apertura creciente entre una población necesitada de instrucción y las disponibilidades materiales y humanas para instruirla así crezcan exponencialmente los presupuestos de la Secretaría de Educación Pública. Y, en este sentido, nos parecía que había que idear formas *sistemáticas* de utilización de los medios de difusión en gran escala (prensa, radio, televisión). De entonces a acá, hemos visto que la Secretaría de Educación Pública de México ha empezado a radiar unos programas educativos y hemos visto anunciada una reforma de la segunda enseñanza, especialmente en lo que se refiere a exámenes a título de suficiencia, que abre por primera vez las puertas al autodidacta. Una y otra medida, adecuadas; pero insuficientes en aislamiento. Si se las conecta; si se brinda en forma sistemática (conforme a un horario determinado) la enseñanza correspondiente a todas y cada una de las materias de la secundaria, por una estación radiodifusora o por una televisora y ulteriormente se proporcionan los cuestionarios oficiales correspondientes para la presentación del examen por quienes hubiesen seguido regularmente las lecciones (diurnas y nocturnas para dar oportunidades a trabajadores de diversos turnos) ¿no se habrían puesto los cimientos para una efectiva ampliación de este tipo de enseñanza que más tarde podría extenderse a otros niveles?

Como que, en esos otros niveles, las posibilidades de imaginar soluciones nuevas, dinámicas, acordadas con requerimientos múltiples y cambiantes son también innumerables. Como que la Universidad misma podría librarse de la rigidez de sus carreras y, al flexibilizarse, posibilitar un mayor apego a realidades cambiantes, a problemáticas continuamente renovadas. Podría hacerlo al permitir que, mediante la adecuada combinación (mediante la multiplicidad enorme de combinaciones que podrían permitir las materias que en ella se imparten) se constituyeran nuevas especialidades y se formasen especialistas cuya información y cuya educación serían prácticamente únicas y que, por serlo, estarían capacitados para estudiar facetas que otros investigadores y profesionales ocupados del mismo sector, pero con preparación colateral diversa, no podrían estudiar. ¿O, no ha sido siempre la invención una combinación de lo pre-existente? Y, si esto es cierto, no es susceptible de aplicación en el ámbito universitario. Inventar nuevas carreras no porque resulten más novedosas que las antiguas, sino porque pueden resolver problemas específicos. ¿No nos está haciendo una falta tremenda un Filósofo de la Matemática, un Filósofo de la Medicina, un Jurista que conozca los problemas que plantea la aplicación de la Medicina moderna, un Estadístico del Lenguaje, un estudioso del Estilo científico en nuestro idioma

y así sucesivamente? Especialistas que, asimismo, serían profesionales e investigadores que, al través de su capacitación, podrían entrar más fácilmente en relaciones de colaboración interdisciplinaria impuesta por nuestra hora, de creciente especialización y de creciente necesidad de interconexión si no quiere perderse de vista la humanidad y la realidad como un todo. Profesionales e investigadores que podrían interconectarse más fácilmente en los esfuerzos de búsqueda de soluciones nuevas para problemas antiguos, pero de soluciones que abarquen la integridad del ser humano dentro de los proyectos de desarrollo social regional.

Flexibilidad de las carreras universitarias que, dentro de esos mismos proyectos de desarrollo nacional por complementación regional, apunta también hacia las posibilidades de especialización de las universidades de todas y cada una de las regiones de un país según las características de la región misma y sus posibilidades. El ejemplo —el apoyo para una idea ya expuesta antes— parece que lo proporciona la proyectada Universidad de Bochum, en Alemania, la cual establecerá todas sus carreras orientándolas hacia la resolución de los problemas de una región minera, dentro de la cual parece conveniente que la Medicina tenga una especificación: la Medicina del Trabajo; que el Derecho se ocupe principalmente de las disposiciones laborales, que la Sociología estudie con particular atención los conflictos de trabajo y su solución al través de la negociación, la conciliación, el arbitraje.

Como que, entre otras cosas, debería ser labor de cada universidad imaginativa, auténticamente creadora, audaz, en el terreno científico, no sólo determinar cuáles son los elementos naturales de un país (nación o región) que pueden catalogarse como recursos para un nivel dado de la técnica, sino que también debería reconocer como tarea propia llegar a inventar la técnica que hiciera que todos los elementos naturales disponibles en su territorio se convirtieran en recursos y satisfactores.

Actitud psico-social negativa la que, en este sentido, se refugia en la seguridad de los caminos científicos ya transitados, sin arriesgarse en zonas inexploradas en las que posiblemente pudieran abrirse nuevos senderos, encontrarse verdaderos atajos que acelerasen el proceso económico y facilitarían la plenitud del desarrollo económico social.

Sería fácil —una vez puestos en camino— el que listásemos un sinnúmero de actitudes psico-sociales del pueblo mexicano que obstaculizan o impiden totalmente del desarrollo económico-social de México. Ello no obstaría tampoco para reconocer que es posible descubrir actitudes psico-sociales del mexicano que, convenientemente aprovechadas, podrían ser factores inapreciables para ese mismo desarrollo. Pero, como nuestro

propósito no ha sido, ni señalar exhaustivamente las actitudes psico-sociales negativas del mexicano frente al desarrollo, ni hacer siquiera mención de algunas de las positivas, dejamos en este punto estas anotaciones que deseáramos fuesen capaces de inclinar a alguien hacia el estudio de tales problemas que, nos parece, son fundamentales.